

Sociología de la supervivencia: las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

Robin Cavagnoud

► **To cite this version:**

Robin Cavagnoud. Sociología de la supervivencia : las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima. Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines, Institut Français d'Etudes Andines (IFEA), 2009, 38 (2), pp. 327-357. halshs-00628239

HAL Id: halshs-00628239

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00628239>

Submitted on 4 Oct 2011

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Sociología de la supervivencia: las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

*Robin Cavagnoud**

Resumen

Este artículo es el fruto de un trabajo de campo realizado en varios barrios populares de Lima y constituido por observaciones *in situ* y entrevistas a profundidad con adolescentes involucradas en el comercio sexual de esta metrópolis. Brinda pistas para explicar la existencia de este fenómeno al distinguir, primero, los factores de entrada de una adolescente a esta actividad de supervivencia y luego, los factores de permanencia en esta misma situación. Un análisis de los datos empíricos, orientado por la sociología interaccionista, permite efectivamente notar que distintos factores explican las temporalidades (antes y durante) de esta práctica sexual marginal.

Palabras clave: *comercio sexual, supervivencia, adolescencia, Lima, familia, género, sexualidad*

Sociologie de la survie : les adolescentes en situation de commerce sexuel à Lima

Résumé

Cette étude est le fruit d'un travail de terrain réalisé dans plusieurs quartiers populaires de Lima et composée d'observations *in situ* et d'entretiens approfondis avec des adolescentes engagées dans le commerce sexuel dans cette métropole. Cet article propose des pistes d'explication à l'existence de ce phénomène en distinguant d'abord les facteurs d'entrée d'une adolescente dans cette activité de survie et ensuite les facteurs de maintien dans cette même situation. Une analyse des données empiriques, orientée par la sociologie interactionniste, permet en effet de voir que des facteurs distincts expliquent les temporalités (avant et pendant) de cette pratique sexuelle marginale.

Mots clés : *commerce sexuel, survie, adolescence, Lima, famille, genre, sexualité*

* Doctor en Sociología por el Instituto de los Altos Estudios de América Latina (Universidad de la Sorbona Nueva-París III). Investigador del Instituto Francés de Estudios Andinos (Lima, Perú). El autor agradece especialmente a Diana Flores por sus comentarios. E-mail: robincavagnoud@gmail.com.

Sociology of survival: adolescent girls in situation of sexual trade in Lima

Abstract

This study is based on an extensive fieldwork carried out through several popular areas of Lima in which *in situ* observations and detailed interviews with adolescent girls involved in the sexual trade of this metropolis are discussed. The major aspect of this article is to offer some explanations of this phenomenon's existence by distinguishing firstly between the factors of entrance of adolescents into this survival activity and then the factors of maintenance within this situation. An empirical data analysis, based on interactionist sociology, allows us to see that different kinds of factors explain both temporalities (before and during) of this marginal sexual practice.

Key words: *sexual trade, survival, adolescence, Lima, family, gender, sexuality*

INTRODUCCIÓN

El comercio sexual adolescente es un tema de investigación singular en el campo de las ciencias sociales. Las dificultades vinculadas al contexto empírico y a la realización de entrevistas con los actores convierten el trabajo etnográfico en una tarea delicada y aleatoria. Se define comúnmente este fenómeno como la actividad que consiste para un(a) adolescente de 12 a 18 años (de ambos sexos) en aceptar y tener relaciones sexuales con un cliente (generalmente un hombre adulto) a cambio de una remuneración que puede ser financiera o material (comida, ropa, diversión). Aunque el servicio sexual negociado puede ser tanto heterosexual como homosexual, las adolescentes de 14 a 18 años de edad representan al grupo más amplio de los casos que forman este objeto de investigación¹.

Lejos de ser un hecho individual, el comercio sexual constituye un fenómeno que conlleva un conjunto de factores psicosociológicos basados en la diferenciación fundamental entre lo masculino y lo femenino y en consecuencias decisivas, que permiten entender la presencia continua de ciertos actores en esta práctica. Por lo tanto, esta problemática debe ser estudiada a partir de un enfoque sexual y, por extensión, en el marco de un análisis más amplio sobre el género. El comercio sexual de adolescentes no se define solo como el comportamiento aislado de un adolescente, hombre o mujer, que «vende su cuerpo», sino también como la interacción de varios actores que participan en el proceso de «comercialización» del cuerpo y de la sexualidad de estos chicos y chicas (clientes, dueños de hostales, parientes y otros proxenetas también referidos como *cafichos*).

¹ La Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas y el sector de las Organizaciones Internacionales y de las Organizaciones No Gubernamentales definen la prostitución infantil y adolescente como la explotación sexual de niños, niñas y adolescentes. En este artículo se utiliza el término «comercio sexual adolescente» que realiza la dimensión de intercambio y, por ende, de interacción entre las adolescentes, sus clientes y los demás actores de este medio social.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, el análisis del contexto de una adolescente en el comercio sexual resulta poco pertinente por la sola variable de la pobreza que toca su familia y aún menos, por la búsqueda de «dinero fácil». La situación de vida de cada adolescente involucrada en esta práctica sexual es mucho más compleja, combina una pluralidad de elementos de vulnerabilidad, tanto sociológicos como psicológicos, que interactúan unos con otros para desembocar en esta condición social marcada por la marginalidad y la supervivencia. Este artículo tiene como objetivo el aporte de explicaciones novedosas sobre la presencia de adolescentes en el comercio sexual en Lima estableciendo una distinción entre los factores de entrada en esta actividad de supervivencia (partes 2 y 3) y los factores de permanencia en esta situación (partes 4 y 5); tomando, como ángulo de análisis, la sociología interaccionista —que busca descifrar aspectos microsociológicos referidos en un número significativo de casos—.

La originalidad de este artículo se fundamenta en los datos empíricos de dos trabajos de campo realizados en varias zonas de la capital peruana: en 2004 (en El Agustino, la plaza Manco Cápac y sus alrededores en La Victoria, la avenida Arequipa en Lince y las avenidas Colmena y Grau en el centro de Lima) y en 2006-2007 (principalmente en Ciudad de Dios y la avenida Miguel Iglesias en San Juan de Miraflores, la avenida Velasco Alvarado en Villa El Salvador y la avenida Pachacútec en Villa María del Triunfo)². Este trabajo empírico permitió reunir numerosas observaciones *in situ* y realizar ocho entrevistas a profundidad y seis testimonios recogidos de adolescentes (de sexo femenino) de 14 a 20 años teniendo una práctica regular (es decir, casi cotidiana) de sexo comercial³. Algunas madres de adolescentes y educadores de calle completaron estos datos empíricos que sirvieron de material de análisis.

1. EL COMERCIO SEXUAL ADOLESCENTE EN LIMA: SITUACIÓN E HISTORIAS DE VIDA

Para contextualizar el comercio sexual adolescente en Lima en base al trabajo empírico realizado, se presenta aquí una exposición general de este fenómeno y la descripción comentada de la historia de vida de dos adolescentes involucradas en esta actividad de supervivencia (Helena y Gaby).

² Agradezco a los educadores de calle de la ONG *Cesvi-La Casa de la Sonrisa*, a quienes acompañé al campo (de día y de noche) en el Cono Sur de Lima entre octubre de 2006 y abril de 2007.

³ Las adolescentes que tenían entre 18 y 20 años ejercían la prostitución desde los 12 ó 14 años. Paralelamente, algunas (adolescentes o jóvenes adultas) habían dejado esta actividad pero obtuve un largo relato de su experiencia de vida pasada en esta ocupación.

1. 1. Panorama general y modalidades de ejercicio

Según los datos de la Asociación Germinal, Jeanine Anderson indicaba en 1993 que habría entre 26 y 27 mil adolescentes, de ambos sexos, involucrados en el comercio sexual en el Perú (Alarcón, 1994), principalmente en la capital Lima y en Iquitos —ciudad importante de la selva conocida por una amplia presencia de turismo sexual—. Sin embargo, es muy difícil llegar a una evaluación precisa del número de adolescentes presentes en alguna forma de comercio sexual, tanto en la capital como en el conjunto del país. Con casi 9 millones de habitantes, la metrópolis de Lima y Callao es el mayor conjunto urbano del Perú a nivel poblacional y concentra, por lo tanto, la gran mayoría del poder económico, tecnológico y político del país. Paralelamente, se trata del lugar donde se encuentran las modalidades más variadas del mercado sexual (tanto adulto como adolescente): desde las más sofisticadas y clandestinas en los clubes nocturnos (discotecas, tragamonedas) hasta las más manifiestas en las calles y plazas públicas, sin olvidar las agencias encubiertas especializadas en este tipo de negocio. Sin embargo, en lo que concierne únicamente al comercio sexual adolescente, los sitios donde se concentra con mayor insistencia este fenómeno en tal ciudad representan las formas más visibles de esta actividad. Se trata, generalmente, de hostales de cita ubicados en barrios populares, de algunas calles o grandes avenidas, de lugares públicos como los alrededores de las estaciones o paraderos de buses y los parques o plazas precisamente reputadas por la presencia de esta categoría específica de comercio sexual que involucra a adolescentes que tienen, en su gran mayoría, entre 14 y 18 años⁴. En este conjunto, se pueden distinguir cuatro principales tipos de estructura física donde se desarrolla el comercio sexual involucrando a adolescentes en Lima.

1. 1. 1. La calle (espacio público, circuito abierto)

Se trata de las adolescentes que esperan a sus clientes en la calle (o viceversa) para luego entrar juntos a un hostel de cita cercano (por ejemplo, en la plaza Manco Cápac en La Victoria o en la avenida Manuel Iglesias en San Juan de Miraflores). En numerosos casos, la presencia de cada adolescente es supervisada por su pareja: un hombre algo mayor (alrededor de 20 años) que vive de pequeños robos y que cobra una comisión por el servicio de protección que presta en caso de problemas con un cliente u otra chica de la zona —se trata, en general, de un tercio de las ganancias de la adolescente—. Desde un punto de vista económico, se puede decir que esta pareja (su «enamorado») saca provecho de la presencia de la adolescente en el comercio sexual.

⁴ Según los datos y observaciones de campo reunidos, los lugares más conocidos por la presencia de comercio sexual adolescente en las calles de Lima son ciertas zonas del centro de la capital y en particular, los alrededores de las avenidas Colmena y Grau; la avenida Arequipa en el distrito de Lince; las cuadras cercanas al centro comercial de Polvos Azules y la plaza Manco Cápac en el distrito de La Victoria; los sectores de Ciudad de Dios y del hospital María Auxiliadora en el distrito de San Juan de Miraflores; así como ciertas zonas entre los distritos de Villa El Salvador y Villa María del Triunfo en el Cono Sur de la metrópolis.

Las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

1. 1. 2. Las casas de cita (circuito cerrado)

Son lugares donde los proxenetas explotan el comercio sexual de adolescentes. Estos sitios tienen como apariencia de funcionamiento un hostel, un restaurante, un bar o una cantina, pero esconden un espacio con cuartos improvisados donde se realizan los encuentros sexuales. Las mujeres involucradas en este tipo de estructura son adolescentes como jóvenes adultas y todas se encuentran bajo la autoridad de una persona mayor que es la dueña del lugar.

1. 1. 3. Los clubes nocturnos o discotecas (circuito cerrado)

Algunos bares en el centro de Lima o ciertos sectores residenciales de la capital ofrecen espectáculos de *strip tease* escenificados por adolescentes. A estos lugares acuden clientes hombres con la intención de tener una relación sexual con una de ellas al finalizar la representación. Ciertas ONG y la Organización Internacional de Migraciones evidencian la existencia de redes de tráfico de adolescentes entre varios departamentos de la sierra y de la selva, en el interior del país, hacia Lima a través de un sistema de explotación sexual cerrado (OIM & Movimiento El Pozo, 2006: 152). En este tipo de estructura clandestina, se encuentran también mujeres adultas, pero nunca superan los 25 años⁵.

1. 1. 4. Las agencias (circuito abierto o cerrado)

Existen en Lima agencias especializadas en el servicio «delivery de mujeres». El cliente solicita una adolescente por teléfono, que lo espera en la habitación de un hostel determinado por su «administrador» (circuito cerrado) o por el mismo cliente (circuito abierto). Al igual que en las casas de cita, se encuentran cada día en los anexos publicitarios de los diarios populares llamados *chicha* (con un público casi exclusivamente masculino) anuncios brindando los servicios de «jovencitas» o «señoritas» en casas de masaje u ofreciendo directamente sus servicios sexuales indicando los precios.

En lo referido a la repartición espacial de estas modalidades de comercio sexual adolescente en Lima, el cuadro 1 elaborado en base al trabajo de campo en varios distritos de Lima permite ubicar los diferentes tipos de actividades vinculadas al mercado sexual adolescente en zonas específicas de la capital.

1. 2. La historia de vida de Helena⁶

Helena nació en mayo de 1986 en Lima y vive actualmente en San Juan de Miraflores en la zona «5 de Mayo» que pertenece al sector de Pamplona Alta.

⁵ Según Veruska Villavicencio, la mayoría de clientes frecuenta estos lugares desde hace varios años y a los más regulares se les reserva el privilegio de tener relaciones sexuales con una de las últimas adolescentes que han integrado el club (Villavicencio, 2004: 54-55).

⁶ La entrevista con Helena fue realizada cerca de su domicilio, en Pamplona Alta, el 13 de marzo de 2007. Tiene actualmente 23 años pero está involucrada en el comercio sexual desde los 12 años.

Cuadro 1 – Distribución geográfica del comercio sexual adolescente en Lima Metropolitana

Distritos	Calle	Casas de cita	Bares y clubes nocturnos	Agencias (incluye saunas y centros de masaje)
Lima (Cercado)	X	X	X	X
La Victoria	X	X		
Lince	X	X		X
Miraflores	X		X	X
San Juan de Miraflores	X	X	X	
Villa el Salvador	X	X	X	
Villa María del Triunfo	X		X	

Fuente: Cavagnoud (2004; 2006-2007)

En su domicilio conviven su padre de 52 años, que trabaja eventualmente como obrero; su madre de 47 años, continuamente presente en el hogar; su pareja de 21, con quien vive desde hace 5 años; su hermana Karina de 21 años; su hermano de 10; sus dos hijos de 3 años y 6 meses; y su sobrino de 4 años. Helena tiene otros tres hermanos mayores (22, 24 y 25 años) con quienes ya no comparte la misma vivienda desde hace 5 años. Entre sus cinco hermanos mayores, todos abandonaron el colegio antes de finalizar el cuarto grado de secundaria; mientras que ambos padres salieron del sistema escolar antes de acabar el ciclo de enseñanza primaria (situación de analfabetismo).

Los padres de Helena empezaron a dedicarse a la comercialización de drogas y a la explotación sexual de sus hijas (Helena y Karina) cuando éstas tenían 11 y 12 años. La madre era la que organizaba este comercio y recaudaba el dinero de los clientes, que solicitaban estos servicios en el mismo domicilio familiar —que se ubicaba, en aquel entonces, en medio de un asentamiento humano—. A los 13 años, cuando Helena conocía desde hace 2 años este aprendizaje forzado de la comercialización de su cuerpo, unas amigas de su barrio la llevaron a una zona de prostitución llamada «El Hospital»⁷, en San Juan de Miraflores, donde se encuentra todavía en la actualidad, 6 años más tarde. Helena acude a este lugar entre tres y cinco noches a la semana, desde las 7 de la noche hasta las 3 de la madrugada, según la presencia o no de clientes, a quienes espera en compañía de unas doce otras chicas de 16 a 23 años que comparten la misma actividad en la entrada del mismo hostel de cita. Esos instantes que preceden la llegada de los clientes se acompañan del consumo individual de *terokal* —un pegamento muy potente vendido al público y que las chicas ponen en el fondo de una bolsa plástica e inhalan profundamente—. Esta sustancia química pasa por sus pulmones, se mezcla con la sangre y les hace disminuir las sensaciones corporales durante el contacto sexual con los clientes. Helena recibe 20 soles por cliente, de los que resta 5 soles para el dueño del hostel que le proporciona la habitación.

⁷ Por la presencia cercana del hospital María Auxiliadora. Esta zona de comercio sexual se ubica precisamente en la avenida Manuel Iglesias, a tres cuadras de la avenida De Los Héroes.

Las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

Las relaciones sexuales duran un promedio de 5 a 7 minutos (a veces entre 2 y 3), en las que las adolescentes emplean constantemente un preservativo para protegerse de las enfermedades de transmisión sexual (ETS). Al practicar este ejercicio del sexo comercial, Helena obtiene entre 60 y 100 soles por noche, de acuerdo al día de la semana y al periodo del mes⁸. Ella ejerce esta actividad por una cuestión de necesidad y comparte un poco de lo que recibe cada noche (entrega a menudo unos soles a su madre) pero conserva la mayor parte de sus ganancias para comprarles comida y ropa a sus dos hijos, cubrir sus propias necesidades y adquirir el terokal que suele consumir cada noche en la calle.

Helena abandonó el colegio a los 11 años cuando entró a 5^{to} grado de primaria, después de haber repetido de grado en tres ocasiones (dos veces el 1^{er} grado). En ese momento, sus padres empezaron a explotarla sexualmente en el ámbito familiar. A los 12 años, Helena consiguió salir de su casa y del comercio sexual cuando trabajó por un mes como empleada doméstica cama-adentro en la casa de una familia en el distrito de Surco (también tenía bajo su cuidado a dos niños de 3 y 5 años). Sin embargo, tuvo que dejar rápidamente esta actividad porque la familia no le proporcionaba ningún ingreso económico y acabó integrándose a la prostitución de la calle poco tiempo después en la avenida Manuel Iglesias (zona del «Hospital»). A los 17 años, Helena salió una segunda vez del comercio sexual, trabajando por una semana en un puesto de venta de ropa, ganando 60 soles semanales. Pero surgieron problemas de comportamiento con la dueña y los clientes no le permitieron seguir con esta actividad y alejarla de forma duradera de la prostitución. Regresó a las calles inmediatamente después.

La profunda precariedad y los disfuncionamientos agudos en el seno de la familia de Helena fueron produciendo una situación en que los mismos padres empezaron a explotar a sus dos hijas menores (Helena y Karina) en un circuito de comercio sexual, mientras ellas recién entraban a la adolescencia y a la pubertad. Este acontecimiento traumatizó la autoestima y la integridad física de estas dos chicas y arrastra las consecuencias hasta hoy, dado que ambas todavía se encuentran en esta actividad en el mismo lugar («El Hospital»). Una vez introducida por la fuerza en esta práctica del sexo comercial, Helena abandonó definitivamente el colegio. Ese hecho simbolizó el desenlace de un fracaso escolar manifiesto, marcado por tres repeticiones en el transcurso de sus primeros años de enseñanza primaria. Durante su adolescencia, Helena llegó a salir dos veces del comercio sexual pero ambas tentativas resultaron infructuosas para ella; en particular, la segunda (trabajar como vendedora de ropa) que, en realidad, fue el regreso a su actividad inicial en San Juan de Miraflores. La constancia de Helena en el comercio sexual se debe esencialmente al consentimiento de su familia, al modelo negativo de sus padres en relación con el consumo y venta de drogas, y al rechazo de su pareja de verla ejercer otra actividad —él mismo saca provecho y vive de las ganancias de Helena⁹—. Con el nacimiento de sus dos hijos fue creciendo la necesidad de

⁸ La frecuencia de clientes es más importante entre jueves y domingos, y la entrega de sueldos a fin de cada mes intensifica también la demanda de sexo comercial.

⁹ Viene regularmente a visitarla para pedirle dinero cuando ella se encuentra en la misma zona de comercio sexual.

dinero así como la falta de apoyo de sus familiares y de su pareja, quien se niega a asumir su rol de padre y prefiere vivir de las ganancias de Helena —más importantes que cualquier otra actividad que él mismo podría ocupar, considerando su nivel escolar (abandono del colegio en 4^{to} grado de secundaria)—. A esa situación se agrega la no conclusión del colegio de parte de los cuatro hermanos mayores de Helena (lo cual indica el profundo desinterés de los padres por la instrucción de sus hijos), consecuencia de una situación de pobreza y exclusión profunda con efectos directos en la representación de la utilidad de la escuela confinada a una posición insignificante en las prioridades de la familia. En el transcurso de la entrevista, Helena se mostró como una chica introvertida y poco expresiva, dos rasgos de personalidad reforzados por su consumo casi cotidiano de terokal. Actualmente, Helena sigue ejerciendo esta ocupación desde la calle, más de siete años después de su entrada a la zona del «Hospital». Su integridad física y mental son vulnerables todo el tiempo, como lo testifica su reanudación en esta actividad (y su consumo de terokal) solo tres días después de su último embarazo (sin tomar ningún tiempo de descanso). Esto revela, por ende, su estrecha dependencia a este comportamiento de supervivencia.

1. 3. La historia de vida de Gaby¹⁰

Gaby nació en el centro de Lima a finales de 1990 y tenía 16 años cuando realizamos la entrevista. Esta adolescente entró al comercio sexual a los 13 años, luego de haber sido violada por el cónyuge de su abuela materna. El escaso apoyo por parte de su familia y la situación de hacinamiento en el hogar (con cinco hermanos de padres diferentes; ella es la tercera) ocasionaron un profundo sentimiento de malestar durante su infancia. Desde temprana edad, Gaby tomó como modelo de comportamiento a su hermana mayor por 4 años (Sandra), que entró al comercio sexual antes de ella y la inició, poco a poco, en esta actividad convenciéndola de la oportunidad de acumular dinero de manera rápida. Una vez aceptada en la zona de comercio sexual («El Hospital», como en el caso de Helena), Gaby permaneció durante dos años a un ritmo de cinco a seis noches por semana, de 7 de la noche hasta las 2 ó 3 de la madrugada, según la presencia de clientes. Esa actividad le permitía ganar un promedio de 50 a 100 soles por noche. Como casi todas las chicas presentes en este espacio social, Gaby consumía terokal e incluso, a veces, pasta básica mientras esperaba a los clientes en la calle. Generalmente, conservaba las ganancias para sus necesidades personales pero también ayudaba a su madre cuando había acumulado cierta cantidad de dinero (hecho poco frecuente, sin embargo). Durante aquella época, Gaby ya no vivía con su familia sino en diversos hostales de San Juan de Miraflores con otras chicas de la misma edad que practicaban, al igual que ella, esta actividad de supervivencia.

Antes de entrar al ambiente de la prostitución por medio de su hermana mayor, Gaby vendía caramelos de forma ambulatoria, desde los 8 años, en los distritos de

¹⁰ La entrevista con Gaby fue realizada en una pizzería de Barranco el 22 de marzo de 2007.

clases medias y altas de Lima (San Isidro, Miraflores, Surco). Su hermana mayor le había iniciado anteriormente en esta ocupación, que ella misma ejercía desde hace 3 años sin asistir a las clases en la escuela: «ella [su hermana] me enseñó a vender caramelos en la calle. Ella nunca estudió». A los 9 años, Gaby abandonó la escuela en 4^{to} grado de primaria, siguiendo el modelo de su hermana mayor, que solo se dedicaba al trabajo para asegurar su propio sostén y cubrir en parte las necesidades de su hogar. Esta deserción escolar estuvo directamente vinculada con los fallecimientos sucesivos de su otra hermana mayor (Karen) y de su sobrino que tenía 9 años:

«Mi hermana y mi sobrino, los dos fallecieron al mismo tiempo. Mi hermana Karen falleció de una enfermedad. Y mi sobrino era el hijo de mi otra hermana. Antes éramos seis hermanos pero ahora somos cinco».

La enfermedad de su hermana Karen fue el principal factor de entrada a la venta ambulatoria de caramelos, tenía que ayudar en el pago del tratamiento médico que resultaba caro para la familia. Preocupada ante todo por el estado de salud de Karen, la madre dejó de prestar atención a la asistencia escolar de sus otras hijas y Gaby se fue alejando de la escuela para dedicarse únicamente a esta actividad económica cotidiana en la calle con su hermana:

«Yo estudiaba en turno tarde pero como salía a vender, me quedaba hasta las 3, 4 de la tarde. Cuando llegaba a mi casa no iba al colegio, me quedaba durmiendo también».

Esta situación de abandono afectivo de la madre llevó a sus dos hijas a priorizar una vida en la calle como espacio social de referencia, que incitó progresivamente a Sandra a encontrarse en el medio del comercio sexual que luego conoció Gaby.

«Con Sandra salía vender en la calle. Como ella poco a poco ya no vivía en la casa sino en un hostel y poco a poco empezaba a andar con ella y con ella empecé a salir ahí al Hospital».

La transición desde la venta ambulatoria de caramelos hacia la prostitución en la calle se produjo para Gaby en la entrada a la adolescencia y la pubertad, cuando fue abusada sexualmente por el cónyuge de su abuela y sintió un abandono afectivo cada vez más fuerte de su familia (excepto de Sandra). Una vez iniciada a esta práctica y al contacto con los clientes, Gaby socializó con las demás chicas que comparten los mismos problemas cotidianos y una percepción idéntica de su situación de vida. Esta adolescente se hizo un espacio subjetivo en este universo de la noche y del sexo con el apoyo del terokal, que facilita esta forma de integración intracomunitaria y esta nueva relación con su propio cuerpo. Casi a los 16 años, Gaby se embarazó y se retiró del comercio sexual desde el quinto mes de embarazo para cuidarse (con la ayuda de la ONG Cesvi). Actualmente, Gaby radica en el domicilio de su madre en el distrito de Barranco. Trabaja con su tía en un puesto de venta de ropa en el mercado de Monterrico pero su edad (16 años) plantea un problema para las autoridades de este centro comercial que no aceptan trabajadores menores de 18 años.

1. 4. Pareja, proxeneta y protección

El trabajo empírico realizado ha revelado que ciertas adolescentes se involucran en esta actividad de supervivencia después de haberse fugado de su hogar, mientras que otras siguen viviendo con sus padres o, al menos, uno de ellos (en el caso de familias monoparentales). En ambas situaciones, la presencia de un proxeneta no es inevitable y aparece cuando la adolescente vive fuera de todo grupo de chicas involucradas en la misma actividad. En la mayoría de los casos, las adolescentes y jóvenes están agrupadas cerca del mismo hostel de cita, donde esperan a sus clientes. Es común que el dueño y los empleados de este hostel procuren que ellas no reciban ningún abuso o agresión y asimismo reciben, a cambio de este servicio, entre el tercio y el cuarto de la transacción entre la adolescente y el cliente. En este caso, se puede hablar de una práctica del comercio sexual «semi independiente», porque la adolescente conserva la mayor parte de las ganancias conseguidas para participar del presupuesto de su hogar (si lo sigue compartiendo con los miembros de su familia) o más frecuentemente, para cubrir sus propios gastos (y los que están vinculados con el cuidado de su hijo) y satisfacer las tentaciones de su entorno (compra de un equipo de música, de ropa). Al contrario del caso de Helena, los padres son muy pocas veces el canal de entrada de su hija al mercado sexual; la mayoría de las veces, ni siquiera están al tanto de las actividades de su hija por falta de comunicación, de tiempo disponible o por dejarles una autonomía muy importante cuando están trabajando casi todo el día fuera de casa¹¹. En cambio, el aspecto representativo reflejado en el caso de Helena es la presencia constante de una pareja (de 20 años) que supervisa la actividad para interponerse en caso de problemas con un cliente y que percibe una parte importante de las ganancias de la adolescente (completando las que consigue robando). Este individuo que se ubica en la interacción entre la adolescente y el cliente es muchas veces la pareja sentimental pero puede ser, también, un adulto que juega el rol de proxeneta («caficho») simbolizando la ruptura física y emocional de la adolescente con su familia (en particular, a raíz de una fuga). En este caso también, la misma existencia del mundo escolar en la vida de la adolescente no resulta nada factible y su descolarización se observa siempre antes de la entrada en el comercio sexual. Ésta representa la consecuencia parcial de esta deserción combinada con un profundo sentimiento de malestar percibido en el interior de la célula familiar (violencia en el hogar y abandono afectivo de los padres)¹².

¹¹ Las adolescentes entrevistadas en el distrito de El Agustino el 26 de abril de 2004 confesaron que mentían a sus padres contándoles que se iban a la casa de una amiga a pasar la noche, pretexto para quedarse en la calle, cerca de su barrio de residencia, y encontrarse con los clientes hasta la medianoche, varias noches a la semana y sobre todo, los fines de semana. Estas chicas de 12 a 15 años evitaban toparse con un amigo o un vecino del barrio que las hubieran delatado frente a sus padres. Por ello, procuraban permanecer fuera del barrio, sin estar demasiado lejos tampoco de su casa. Los padres de estas adolescentes eran vendedores ambulantes sin horario fijo de regreso a su domicilio.

¹² Todas las adolescentes entrevistadas abandonaron el colegio entre el final de la primaria y el inicio de la secundaria, y generalmente unos 2 a 3 años antes de su entrada al comercio sexual.

2. LA SOCIALIZACIÓN DE LAS ADOLESCENTES EN UN CONTEXTO DE SUPERVIVENCIA: LA TRANSICIÓN HACIA EL UNIVERSO DE LA NOCHE/CALLE

2. 1. Precariedad familiar y presencia de una amiga previamente iniciada

Los testimonios de Helena y Gaby son muy importantes para adentrarse en los principales factores que permiten explicar la entrada de adolescentes al comercio sexual. Esta práctica de supervivencia aparece en la trayectoria de una adolescente como resultado de una serie de acontecimientos adversos pero, de ninguna manera, surge como un proyecto plenamente elaborado o deseado. Se trata, más bien, de una situación que se instala fortuitamente en un momento de la historia de una adolescente, una condición muy difícil, luego de extraerse sin el apoyo de una persona exterior a este contexto de vida. La entrada de una adolescente al mercado sexual responde a una presión económica y se inscribe en la categoría sociológica de los comportamientos individuales (variablemente familiares) de supervivencia, en la medida en que el discurso de estas chicas se caracteriza por la poca proyección en el porvenir y una preocupación constante por el presente. La falta de recursos por parte de los padres produce una situación en que las adolescentes deciden entrar en una actividad económica para garantizar su propia supervivencia o parcialmente, la de su familia (en particular, el caso de Gaby y la venta ambulatoria). Más adelante, el comercio sexual aparece en estas circunstancias de fuertes coacciones como una vía de superación posible y se erige como el resultado de una serie de acontecimientos adversos en el desarrollo mental y afectivo de las adolescentes, como el abuso sexual (caso de Gaby) o la violencia familiar (caso de Helena, sexualmente explotada por sus padres a los 11 años).

Algunas familias numerosas, dotadas de un capital económico, social y escolar escaso, que viven en los asentamientos humanos de Lima recurren a la actividad económica de sus hijos para garantizar su supervivencia física. Esta necesidad urgente se refleja en la búsqueda de un medio para ganar dinero y se va elaborando dentro de la estrategia familiar pero, en algunos casos, las mismas adolescentes optan por el comercio sexual independientemente del aviso (o del conocimiento) de sus padres para conseguir varias decenas de soles diarios. En los diferentes casos reunidos, es muy frecuente que una amiga ya involucrada en esta forma de actividad sirva de canal de entrada. En esta socialización muy cercana, las adolescentes encuentran una alternativa psicológicamente reconfortante frente a una situación familiar, muchas veces, llena de violencia (física y simbólica) y de carencias que obstaculizan cualquier proyección en el porvenir (por ejemplo, en relación con la asistencia escolar). En muchos casos, la ingesta de alcohol y la inhalación de terokal —droga utilizada en las calles de Lima— facilitan esta transición hacia el mundo clandestino de la noche y del sexo a cambio de dinero, en ruptura total con la institución escolar. La introducción de una adolescente al comercio sexual depende, estrechamente, de la presencia previa de una

amiga en esta forma de subsistencia o incluso de una hermana mayor, como en la historia de Gaby. Este elemento es fundamental para el recorrido de vida de las adolescentes porque permite establecer el vínculo social entre el medio, casi cerrado, del interior de la prostitución y el resto de la sociedad, fuera de este contexto clandestino.

2. 2. Las tentaciones de consumo y las fiestas chicha

Los modelos de consumo de las sociedades urbanas contemporáneas producen situaciones generalizadas, en las cuales las adolescentes sienten necesidades de compra, que los padres no pueden asumir por falta de recursos económicos. Estas ganas convertidas en frustraciones derivan de estilos de vida y consumo realizados por los medios de comunicación y, en particular, por la televisión. Las propagandas y telenovelas basadas en la vida de personajes de clase media y alta representan, para las adolescentes de los barrios populares o marginales de Lima, el consumo de licores costosos, la posesión de ropa cara, una vida sexual agitada y un conjunto de símbolos pertenecientes a un estilo de vida que no pueden alcanzar o copiar por falta de medios económicos. Cuando estas condiciones de vida se combinan con los procedimientos autoritarios de los padres y el alcoholismo de uno de ellos, las adolescentes sienten un rechazo y experimentan un enfrentamiento violento con la familia; por ello, buscan, con sus amigas del barrio, formar grupos de jóvenes para compensar lo que no encuentran en su hogar. Acuden y participan de fiestas muy conocidas en los barrios populares de Lima, llamadas «fiestas chicha», donde se inician en el consumo de alcohol (muchas veces, de manera excesiva) e incluso de drogas (terokal y pasta básica de cocaína). Ciertas adolescentes empiezan a frecuentar hombres mayores, llegando eventualmente a tener relaciones sexuales a cambio de dinero, de comida, de ropa o zapatos de marca que satisfacen sus deseos y colman sus frustraciones cotidianas. Algunos adolescentes varones se involucran también con hombres mayores en una relación homosexual, llevando progresivamente una dependencia económica de la misma índole. Es práctica común que en estos lugares de encuentro, las «fiestas chicha», las adolescentes socialicen con chicas de la misma edad —ya involucradas en relaciones de tipo «sexo por dinero» en su barrio—, quienes las incitan a acompañarlas, alabando las posibilidades de ganancia económica. El caso de Celeste ilustra bien esa trayectoria progresiva hacia el comercio sexual.

«¿A qué edad dejaste el colegio Celeste?

Dejé el colegio a los 14 años. (...)

¿Por qué crees que dejaste el colegio?

¿Por qué?, no sé. Porque me alejé del colegio y me gustaba ir a las fiestas en la calle. (...)

Cuando dejaste el colegio, ¿trabajabas fuera de la casa?

No, no trabajaba. Me iba a las discotecas, a las fiestas chichas.

¿Por dónde?

Por acá, en Pamplona Alta.

¿Te gustaba?

Sí.

¿Tomabas?

Un poquito no más. No te voy a mentir y decir que no... (...)

¿A qué edad después entraste en el comercio sexual?

A los 16 años más o menos.

¿Y cuánto tiempo estuviste en esto?

Como dos o tres años, algo así. De los 16 hasta los 18 más o menos. (...)

Cuando empezaste, ¿cómo fue?

Conocí a unas amigas en las fiestas chichas y me iba con ellas a la calle...».

En este extracto de entrevista, se nota claramente el encadenamiento de acontecimientos en la trayectoria de Celeste. Primero, su abandono del colegio está asociado, según ella, con su entrada en estos espacios de socialización, las «fiestas chicha», que se desarrollaban cerca de su domicilio en Pamplona Alta. El contexto de pobreza de su familia, la falta de interés de sus padres por sus problemas personales durante la adolescencia, la minusvalía física de su madre permiten entender que esta adolescente haya buscado, en aquel entonces, un vínculo social alternativo con chicas de su edad, que viven en una situación de vida globalmente similar, y pasar momentos agradables entre ellas. Estas reuniones nocturnas, que se desarrollan entre el consumo de alcohol y drogas, entran objetivamente en oposición con la asistencia escolar regular y desemboca en una situación de descolarización. Empezando a conocer este estilo de vida en la marginalidad, Celeste fue perdiendo el control de su situación y reforzó sus relaciones sociales con estas amigas, lo que confirmó un comportamiento conflictivo (y rebelde) con sus padres que terminó en el abandono del hogar para vivir bajo el único control de sus pares. En su itinerario de vida, el comercio sexual apareció en esta compañía con sus amigas y representó para ella(s) una estrategia para procurarse las capacidades económicas y satisfacer su independencia hacia el hogar y las tentaciones vinculadas con su entorno. Gaby —cuyo caso fue descrito más arriba— manifiesta el mismo recorrido y confesó lo siguiente durante la entrevista: «Veía a las chicas ahí que tenían más plata y que se podían comprar ropa así que decidí hacer eso». La toma de conciencia de las ganancias por medio del sexo comercial representa un importante factor de entrada en esta actividad de supervivencia.

3. LA RELACIÓN DE LA ADOLESCENTE CON SU CUERPO: EL SEXO CONVERTIDO EN HERRAMIENTA DE SUPERVIVENCIA

El caso de Gaby llama la atención en la medida que esta adolescente fue violada por el cónyuge de su abuela a los 13 años y entró al comercio sexual en las semanas siguientes. Paralelamente, Helena fue sexualmente explotada a la fuerza por sus padres a los 12 años y empezó a ejercer la prostitución en los alrededores de un hostel de citas de San Juan de Miraflores, pocos meses después. En un estudio

sobre el comercio sexual en el Perú, Rubén Ramos & Zoila Cabrera hacen hincapié en que el 70 % de adolescentes de ambos sexos, que se encuentran en el mercado de la prostitución en el país, han sido sexualmente abusados durante su infancia, o sometidos a alguna forma de violencia física (Ramos & Cabrera, 2001: 25). Este dato motiva la reflexión acerca de los factores y mecanismos psicológicos que provocan la transición de una adolescente desde la condición de víctima de un abuso sobre su integridad física hacia la comercialización de su sexualidad.

3. 1. El abuso sexual y sus consecuencias psicológicas

Una encuesta titulada «Conocimientos y actitudes sobre sexualidad y abuso sexual infantil», realizada por María Elena Iglesias (1996), define el abuso sexual infantil como

«la utilización sexual de una niña o un niño en beneficio de otra persona que se encuentra en situación de ventaja frente a aquella o aquel, sea por razones de su mayor desarrollo físico y/o mental, por la relación que lo une al niño o niña, o por su ubicación de autoridad o poder» (Iglesias, 1996: 7).

Este estudio indica que el abuso sexual infantil no aparece como un hecho social aislado en Lima: casi los dos tercios de las personas entrevistadas (64,6 %) afirmaron que existen casos de abuso sexual en su entorno; y más del tercio de esta población manifiesta que existen «muchos» (37,86 %) (Iglesias, 1996)¹³. Según los psicólogos especialistas en este tema, los niños, niñas y adolescentes víctimas de un abuso sexual sufren no solo lesiones físicas sino también daños psicológicos profundos. Generalmente, manifiestan alteraciones en su comportamiento que van desde la depresión a la cólera, la agresividad y la disminución de su autoestima. Además, pueden tener una conducta sumamente reservada o al contrario, abiertamente exhibicionista, y conocen serias dificultades para respetar la vida ajena o entablar relaciones de amistad duraderas (pérdida de confianza en sí mismos) (Pimentel Sevilla, 1996: 28). En las situaciones de incesto, es frecuente que las hijas estén dispensadas de ciertas reglas o exigencias por parte del padre (ir de compras, tender la cama) o aprovechar beneficios peculiares como regalos (ropas de marca, CD de moda). Se establece una especie de relación mercantil entre el abusador y la víctima: sexo a cambio de compensación material. Es evidente que para sobrevivir a esta realidad la niña (o el niño) tiene que aprender a adaptarse, buscar beneficios secundarios con la finalidad de conseguir, de manera imaginaria o real, sentimientos de poder y de control sobre el abusador. Si la situación de abuso perdura, es probable que la chica utilice el chantaje o pida servicios particulares a cambio de los «favores» que el abusador espera. Si, al fin y al cabo, ya no

¹³ Esta encuesta tuvo como objetivo evaluar la generalización del abuso sexual infantil en la capital peruana y se basó en entrevistas a 421 personas (de 20 a 70 años y de ambos sexos) del distrito de Comas, población representativa de Lima desde un punto de vista socioeconómico. Los encuestadores preguntaron si existían casos de abuso sexual infantil en su barrio.

tolera esa situación, puede revelar sus problemas a una amiga o exhibir un fuerte sentimiento de rebelión con su entorno. Estas circunstancias reveladoras de un profundo malestar causan la huída de la casa de numerosas adolescentes para llegar a la calle, como lugar de referencia cotidiana, y vivir sujetas a nuevos abusos, si no reciben el apoyo de una persona o institución competente. El abuso sexual infantil constituye un problema social muy complejo, por las interacciones que acarrea entre la víctima, su medio social y el abusador. Afecta un número relativamente importante de niños, niñas y adolescentes en Lima con serias implicaciones en el desarrollo de su vida.

3. 2. Del abuso al comercio sexual

Existe una relación muy peculiar entre el abuso sexual sobre una niña o una adolescente y su entrada potencial al comercio sexual. Para entender este hecho, cabe analizar los mecanismos psicológicos de reacción de una niña o adolescente a raíz del abuso sufrido. Cuando la violación sobre una niña o adolescente cometida por un adulto (pariente o vecino) se vuelve sistemática —es decir, regular y frecuente—, se produce una reacción psicoafectiva que tiende a adaptarse a esa situación desfavorable como parte de los mecanismos de defensa de cada individuo. Según los psicólogos especializados en el tema del abuso sexual (particularmente, Pilar Dughi), este mecanismo consiste en una disociación entre el cuerpo de la adolescente (bajo el poder de los deseos sexuales de un adulto) y su «conciencia»; es decir, el conjunto de sus emociones, sentimientos y sensaciones durante el acto sexual no deseado. Esta separación inconsciente entre lo físico y lo psicológico no se limita solamente en el instante del abuso, sino que se prolonga en el transcurso de su vida cotidiana y le permite adecuarse y sobrevivir a esa situación de desequilibrio y malestar profundo. A mediano y largo plazo, este abandono inconsciente y autoprotector de la envoltura corporal violentada puede engendrar varias consecuencias en el mismo comportamiento de las adolescentes. Progresivamente, esta ruptura facilita una toma de conciencia de su cuerpo como objeto y medio utilizado por el adulto agresor para conseguir placer sexual y las adolescentes integran, por lo tanto, este aspecto instrumental de su cuerpo y aparato genital.

Por añadidura, este rechazo del cuerpo caracteriza una construcción singular de su sexualidad en el momento de la adolescencia, edad decisiva en la conformación de este proceso. Una adolescente que crece y aprende a vivir disociando, de manera radical, lo que siente física y sexualmente de lo que experimenta a nivel emocional, construye una representación estrictamente utilitarista de su sexualidad. Ese es un elemento explicativo parcial (muy importante a la vez) de su posibilidad de entrar al medio de la prostitución. Si aparece una retribución material o monetaria a cambio del uso de su cuerpo por un hombre, la adolescente toma conciencia de su sexo como medio de recurso eventual. No sería extraño que entre a una forma de comercio sexual (generalmente, en la calle) si una amiga se lo incita (o una hermana mayor, como en el caso de Gaby). En esta construcción específica

de la sexualidad adolescente inclinada a la «instrumentalización» de su cuerpo, junto al precario contexto socioeconómico, la prostitución aparece, para una adolescente, como una vía factible para enfrentarse a las dificultades cotidianas de supervivencia física y como la estrategia más rápida para conseguir un ingreso monetario. Este mecanismo de defensa al abuso sexual —por parte de una niña o adolescente ante el poder de un adulto mayor— implica desprecio y falta de confianza contra los hombres y más aún, contra el mundo adulto —considerado para las adolescentes como una categoría de personas hostiles que actúan contra su bienestar—. En esta perspectiva no exclusiva, la entrada de una adolescente al comercio sexual puede ser vista como la estrategia para recuperar, económica y simbólicamente, lo que uno o varios hombres adultos le hicieron aguantar en el plano emocional.

3. 3. De la violencia familiar hacia la sexualidad como medio de recursos

Los niños, niñas y adolescentes que viven en las zonas urbanas marginales de Lima tienen una toma de conciencia muy avanzada de la sexualidad: las condiciones de hacinamiento y de cercanía física en el interior de las viviendas precarias (pequeñas casas de uno o dos cuartos donde viven familias extensas) y la carencia flagrante de espacio privado estimulan su precocidad sexual —desde temprana edad, escuchan y ven las relaciones íntimas entre sus padres (Basili, 1990; Quintana Sánchez & Vásquez del Águila, 1997)—. Si este desarrollo precoz de la sexualidad es efectivamente indiscutible, no constituye a mi parecer un factor exclusivo de incitación para una adolescente a utilizar su cuerpo y aparato genital como medio para adquirir un ingreso. De acuerdo a las adolescentes, es recurrente que los problemas vinculados a los conflictos contantes entre los padres (gritos, insultos, golpes), el alcoholismo frecuente del padre y la subordinación de los hijos en el marco de un sistema patriarcal vertical convierten el hogar familiar en un lugar vulnerable, de alto riesgo y de malestar. Ciertas adolescentes permanecen en casa, soportando esa carga de violencia (física y psicológica) y las condiciones económicas extremas; otras deciden escaparse de la institución familiar de manera progresiva o repentina. Estas adolescentes empiezan a vivir rápidamente en la calle (en zonas, generalmente, alejadas de su familia) y socializan con individuos de la misma edad que viven una situación social y afectiva idéntica. Para sobrevivir a este contexto, empiezan juntos a experimentar la delincuencia, el tráfico y consumo de drogas e incluso practican el sexo comercial en los mismos hostales¹⁴ donde pasan las noches entre amigas. La historia de Rosmary refleja este tipo de situación:

¹⁴ Otras veces, practican el sexo comercial en las casas de cita administradas por proxenetas, que buscan a nuevas adolescentes para atraer a los clientes.

Las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

«¿Cuántos años tenías cuando empezaste a estar en la calle?

Tenía 14 años y también empecé a consumir terokal. Paraba en la calle en La Victoria. Paraba con chibolos de la calle. Aprendí a robar para sobrevivir en la calle también.

¿Cuánto tiempo te quedaste ahí en La Victoria?

Me quedé un año y después me vine por acá en San Juan de Miraflores. [...]

¿Te acuerdas como entraste en la prostitución la primera vez?

Sí, fue por una amiga. [...]

¿Ya no vivías en la casa de tus papis?

No, ya no. Dormía en hostales, en la casa de amigas...

¿Cuántos años tenías cuando empezaste a trabajar?

Tenía 10 años y ayudaba a mi mamá para vender en la calle como ambulante. La ayudé hasta los 12 años y después me enamoré de mi primer enamorado y como mis padres no me dejaban salir de la casa yo me escapaba para andar en la calle con mis amigas. Conocí a malas amigas que fumaban y yo también empecé a fumar con ellas.

¿A qué edad saliste del colegio?

Dejé de estudiar a los 14. [...]

¿Y por qué crees que lo dejaste?

Como conocí a malas amigas que ya no iban al colegio, más me gustaba andar con ellas que ir al colegio. Ellas me cuidaban mucho. [...]

Cuando dejaste el colegio, ¿ya no ayudabas a tu mamá entonces?

No, pero como me iba a robar tenía mi plata para comprarme comida. Andaba en la calle todo el día pero no dormía en la calle en las noches. Estaba en hostales o en casa de amigas.

¿Vivías solo robando entonces?

Sí y prostituyéndome también por ahí.

¿La policía nunca te agarró?

Sí, me agarraba pero después me soltaba. A veces la policía te pide plata para dejarte ir como yo tenía plata robando y prostituyéndome entonces me soltaban. Les daba plata y me botaban de la comisaría.

¿Por qué crees que dejaste de estudiar?

Porque estaba inquietada y no me gustaba ir al colegio. Prefería andar en la calle con mis amigas que me ayudaban. Mi papá regresaba a la casa borracho también y me aburría ver tantas peleas en la casa».

En la trayectoria de vida de Rosmary, la violencia en el ámbito familiar fue el motivo para escaparse de la casa, vivir en la calle y socializar con nuevas amigas, experimentadas dentro de ese universo social donde el consumo de drogas se mezcla invariablemente con el robo y el comercio sexual para aumentar sus ganancias. En esta construcción de la experiencia en y por la transgresión social, el cuerpo de la adolescente se ha convertido en una herramienta de supervivencia; es decir, un medio para ganar dinero, bienes y eventualmente, oportunidades de diversión (salidas a discotecas y tragos). La introducción de estas adolescentes en el universo de la calle y de la prostitución implica, de modo casi constante,

la presencia de una amiga, ya involucrada en este medio social, que sirve de canal de entrada. Su socialización, orientada por las circunstancias de la fuga de casa, simboliza en este contexto una substitución de la familia como institución y espacio de referencia cotidiano e involucra el empleo del sexo como vía de independencia económica en relación a la violencia del mundo exterior.

4. LA CONSTRUCCIÓN DE UN ROL SOCIAL DENTRO DE LA TRANSGRESIÓN

4. 1. La conducta y la edad: un doble estigma factual

Existe un desfase manifiesto entre la concepción generalizada de la prostitución —práctica históricamente realizada por mujeres adultas con la finalidad de satisfacer a un público exclusivamente masculino, que oscila entre la tolerancia de un «mal necesario» y la reprobación— y su expresión, relativamente reciente, caracterizada por el surgimiento en esta actividad de adolescentes de 12 a 17 años¹⁵. Para muchas personas (en particular, los clientes de este tipo de comercio sexual), esta diferencia se resuelve, a la vez que se cancela, otorgando la edad adulta (desde un punto de vista moral y emocional) a los sujetos que todavía no la alcanzan en el sentido cronológico y legal (es decir, no tienen 18 años). No obstante, este aspecto posee una doble sanción que estigmatiza a estas chicas: primero, por estar involucradas en el comercio de su cuerpo y por lo tanto, tener una conducta condenable ante la normatividad social (aunque se trata históricamente de una ocupación ni prohibida ni autorizada); segundo, por cumplir esta actividad de manera muy anticipada, en comparación con la gran mayoría de mujeres (adultas) en el ejercicio de esta práctica. Al asignar a estas adolescentes, menores de 18 años, la característica de «adulta», las personas que aceptan esta actividad las hacen simultáneamente responsables del «sexo por dinero» —aunque el Estado peruano y las instancias públicas que lo representan condenan esta forma de actividad (sin obrar a favor de acciones eficientes para considerar una situación alternativa y respetar su adhesión al Artículo 34 de la Convención de los Derechos del Niño de 1989 que aspira a impedir «la explotación del niño en la prostitución»)—. Una parte de la sociedad, que condena moralmente la mercantilización de la sexualidad, produce una desviación de doble filo que descalifica la conducta sexual de estas adolescentes: por el mismo contenido de esta práctica que ya estigmatiza a las mujeres adultas; y por ser menores de edad, también desde un punto de vista sociojurídico. Sin embargo, esta forma de comercio sexual realizada por adolescentes pone de relieve otro segmento de la sociedad limeña: la demanda masculina. Ésta no considera la existencia de este servicio como una transgresión o un mal que solucionar, sino como un tipo de actividad plenamente consentida y asumida por estas adolescentes para salir adelante, mientras ellos pueden satisfacer sus fantasías sexuales.

¹⁵ El primer testimonio, en Lima, sobre este tema es un artículo de prensa titulado «Prostitución infantil en Lima», publicado por la revista *Caretas* el 13 de agosto de 1984.

4. 2. La aceptación compartida de la transgresión

En *Outsiders*, la famosa obra de sociología de la desviación de Howard Becker, se evoca esta misma visión del mundo que comparten los miembros de un grupo alejado de las normas:

«Los miembros de los grupos marginales organizados tienen evidentemente una cosa en común: su desviación. Ésta es la que les da un sentimiento de tener un destino en común, de estar embarcados en el mismo barco. La conciencia de compartir un mismo destino y de encontrar los mismos problemas engendra una subcultura marginal, es decir un conjunto de ideas y de puntos de vista sobre el mundo social y sobre la manera de adaptarse a éste, así que un conjunto de actividades rutinarias basadas en estos puntos de vista. La pertenencia a tal grupo cristaliza una identidad marginal» (Becker, 1985: 60-61; la traducción es mía).

Existe una característica irrefutable acerca del comercio sexual adolescente en Lima: los clientes son exclusivamente hombres y más precisamente, hombres adultos (en la mayoría de los casos)¹⁶. Por lo tanto, este tipo de práctica sexual encarna el hecho social típico de una interacción de género entre el sexo masculino, en búsqueda inmediata de placer, y el sexo femenino (adolescente e inevitablemente más joven), en acción para cumplir la satisfacción de su pareja momentánea. Este aspecto señala la misma transgresión de la actividad que persigue la captación de una ganancia financiera. Ésta resulta más importante para las adolescentes que para las adultas, en tanto la doble transgresión les permite cobrar más, imponiendo sus reglas al mercado del sexo¹⁷. En esta modalidad de supervivencia, las adolescentes logran aceptar ese enfrentamiento con los deseos solicitados por los hombres («la dominación masculina»), ofreciéndoles los servicios de su cuerpo y de su sexo a cambio de una suma de dinero compensatoria. En el transcurso de este intercambio sexual, muchas de ellas suelen confesar que les «da asco» y que no les gusta. Ello implica esfuerzo para realizar y soportar el acto sexual; aunque, con el paso del tiempo, se van acostumbrando a este contacto con los clientes (*cf.* testimonio de Katherin, más abajo). El uso generalizado del terokal (en menor medida, la pasta básica de cocaína) sirve para atenuar el dolor físico que pueda causar la misma relación sexual, o resistir esta abdicación de poder sobre su cuerpo aceptando, a cambio de dinero, el contacto físico con los clientes. La droga les permite ingresar a un proceso de separación: entre su cuerpo y su plena conciencia para seguir ejerciendo esta ocupación y encontrarse con más clientes. Todas estas adolescentes comparten (o compartieron) leves variaciones en su discurso y tienen, por lo tanto, un enfoque similar de la actividad que les permite constituir

¹⁶ A diferencia de otras partes del mundo y, en particular, de ciertos lugares de turismo sexual, como el Caribe o el Sudeste de Asia.

¹⁷ Este fenómeno también se observa en el caso de la prostitución travesti, donde los adolescentes (16 ó 17 años) tienen más éxito con los clientes y pueden aumentar las tarifas de la cita para ganar más dinero que sus «colegas» adultos.

una especie de «microcultura», fundando su identidad marginal —alejada de los principios dominantes de la sociedad que estigmatizan estas prácticas sexuales; aún más severamente si se trata de adolescentes como ellas—.

Esta representación, sensiblemente similar, que las adolescentes comparten de su actividad y de los clientes se concreta también en los robos que cometen muchas veces contra ellos. Al respecto, el caso de las «gatitas» en el distrito de La Victoria (cerca del centro de Lima) es bastante original: cuando una adolescente entra al cuarto para atender a un cliente, éste empieza a desvestirse y varias de las otras «colegas» (que se encuentran cerca en la misma zona) entran en el cuarto (por sorpresa) para aprovechar la situación y robarle todo al cliente, que luego la persigue en calzoncillos por la calle. En la misma perspectiva, se puede recordar el caso de los travestis en la avenida Pachacútec, al sur de Lima. Frente a la violencia y las persecuciones que enfrentan cada noche, estos chicos intentan sobrevivir adoptando diversas estrategias y, en particular, robando dinero a los clientes durante la relación sexual. A pesar del buen trato que los travestis prostituidos pretenden mantener con los clientes, éstos son comúnmente considerados como una categoría de personas fáciles de engañar —rebuscando en sus bolsillos cuando están borrachos— para recuperar una ventaja económica y un poder simbólico que pierden al someterse a sus deseos durante el intercambio sexual (los famosos «chichis» en el metalenguaje local) (Cavagnoud, 2007). En la misma dinámica de astucia, es muy frecuente que las adolescentes compartan una estrategia idéntica que consiste en aprovechar la excitación del cliente para masturbarle y hacerle eyacular antes que empiece a penetrarla. Esta manera de actuar permite optimizar la relación ganancia/tiempo y denota una misma representación del cliente para sentir un poder de acción sobre su propia situación de vida frente a un contexto de precariedad, supervivencia y violencia padecido por estas adolescentes.

4. 3. Las estrategias de adaptación a esta transgresión

En los sectores de Lima donde las adolescentes se entregan al comercio sexual¹⁸, el alcalde y los habitantes no aprecian mucho su presencia y se organizan de distintas maneras para desalojarlas, generando un conflicto entre ambas partes. El procedimiento más común es pedir la intervención del «serenazgo» —policía municipal privada de cada distrito de Lima, responsable de su propia patrulla y sector de intervención (solo en el interior de los límites del distrito)— que generalmente conoce muy bien las zonas del comercio sexual. Esta policía municipal interviene casi diariamente a través de sus operaciones llamadas «batidas» para ahuyentar a las adolescentes, asustándolas con perros de ataque o llevándolas a la fuerza a lugares muy alejados del distrito de origen (en los extramuros de Lima). Durante estas intervenciones, es frecuente que los agentes municipales les corten el pelo,

¹⁸ En los alrededores de la plaza Manco Cápac (distrito de La Victoria), la avenida Manuel Iglesias (distrito de San Juan de Miraflores), la avenida Velasco Alvarado (distrito de Villa El Salvador) y la avenida Arequipa (distrito de Lince) constituyeron los sectores de observación *in situ* del trabajo de campo.

las sometan a diversas formas de violencia (particularmente sexual) y les roben el dinero acumulado en el transcurso de la noche. Para evitar estos problemas, ellas suelen esconderse en los rincones de la calle o detrás de los árboles para escaparse de los custodios del orden que se desplazan en vehículos. También se escurren en las calles perpendiculares, en sentido contrario del tráfico, toman un taxi o entran a un edificio de la zona. Frente a esta insistencia del «serenazgo» (hasta muy tarde en la noche), un número cada vez mayor de mujeres deciden integrar una casa de citas (bajo la apariencia de un centro de masajes o de baños turcos) o una discoteca para practicar el sexo comercial sin sufrir la violencia activa de estos servicios municipales. Al interior de estas estructuras físicas semiabiertas —los clientes tienen que tratar con intermediarios para estar en contacto con las adolescentes—, se proporcionan cierta protección en comparación con la calle donde son explotadas ejerciendo el comercio sexual «semi independiente».

Finalmente, es frecuente que las adolescentes involucradas en el comercio sexual lo disimulen durante el día bajo la forma de venta ambulatoria de caramelos o cigarrillos; además, ofrecen otros servicios cuando personas reconocidas como clientes potenciales aparecen¹⁹. Sin embargo, estas chicas son fácilmente distinguidas por varios aspectos de su apariencia: maquillaje muy pronunciado, pantalón jean apretado, falda corta, escote, zapatos con tacones altos —para parecer más alta y menos joven—. Las adolescentes intentan esconder la transgresión que representa su actividad a la mirada de los transeúntes (el estigma social asociado a la prostitución) y de la policía municipal, que busca detenerlas para cuidar la imagen del distrito frente a la opinión pública.

4. 4. La ventaja comparativa de las ganancias

Un elemento muy importante que incentiva a las adolescentes a permanecer en este medio es la importancia de las ganancias en comparación con cualquier otra forma de actividad económica. En el caso de Gaby (descrito en la primera parte), el comercio ambulatorio de caramelos le proporcionaba entre 10 y 20 soles diarios, mientras que el uso de su capital corporal en el mercado sexual le permitió adquirir (sin la necesidad de competencias específicas) entre 50 y 100 soles por noche. En la zona de comercio sexual que representa la plaza Manco Cápac (en el distrito de La Victoria), las adolescentes suelen cobrar (en la totalidad de los casos registrados) 15 soles por cita con un cliente (con una duración de 20 minutos aproximadamente). De esta suma tienen que descontar 5 soles por el cuarto alquilado en uno de los hostales alrededor de la plaza (que solo funciona para este tipo de negocios) y 5 soles más para el adulto proxeneta (o su pareja) que le brinda protección en caso de problemas con un cliente (agresión o negación del pago). Por lo tanto, estas chicas conservan 5 soles que, multiplicados por seis a diez clientes en el día o la noche, significan un ingreso promedio de 30 a 50 soles diarios. En la avenida Manuel Iglesias —que bordea el hospital María Auxiliadora

¹⁹ Son numerosas en la plaza Manco Cápac del distrito de La Victoria.

en el distrito de San Juan de Miraflores (zona de comercio sexual de Helena y Gaby)—, las ganancias de las adolescentes y jóvenes menores de 22 años resultan un poco más elevadas. Cada cita con los clientes cuesta 20 soles, a los que se restan 5 para el dueño del hostel, que supervisa las idas y vueltas en su establecimiento e interviene en caso de problemas con un cliente. En esta zona de comercio sexual del cono sur de Lima, las adolescentes (15) esperan a sus clientes en pequeños grupos en un perímetro de 15 a 20 metros alrededor de la entrada del hostel (mientras la mayoría de ellas inhala terokal). El tiempo que dura el encuentro con un cliente nunca supera los 7 minutos (muchas veces, entre 2 y 3 minutos). Un funcionamiento idéntico se observa en la avenida Velasco Alvarado en el distrito de Villa El Salvador. En todos estos sectores, se encuentran adolescentes de 15 a 18 años como mujeres adultas, menores de 22 años, que comparten la zona mencionada, conocida en todos los barrios cercanos por la existencia de este comercio marginal. Cada adolescente realiza en promedio 5 a 10 citas por noche, de acuerdo al día de la semana (hay más clientes entre jueves y domingos por la noche) y el periodo del mes (los clientes reciben generalmente el sueldo a fin de mes). Ello les permite conseguir entre 50 y 120 soles, aproximadamente, por noche (entre 7 pm y 3 am, de acuerdo a la presencia de clientes y al cansancio).

En el aspecto de las estrategias de supervivencia, prescindiendo del comercio sexual, las adolescentes encontradas durante este trabajo abandonaron el colegio entre los 12 y 14 años. Tuvieron como principales alternativas de captación de recursos la venta ambulatoria de diversos artículos (chicles, cigarrillos, caramelos) o el trabajo doméstico, que proporcionan en la mayoría de los casos entre 10 a 20 soles diarios a tiempo completo. La ventaja microeconómica de la práctica del sexo comercial en comparación con otro medio de ingreso emerge con nitidez. La adolescente involucrada en el comercio sexual a través de una amiga y que no recibe el menor apoyo por parte de su familia para salir de esta situación, se da rápidamente cuenta de esta diferencia de ganancias y se ve tentada de permanecer en esa forma de vida que le permite satisfacer sus necesidades y las de su hijo, como en los ejemplos de Helena y Gaby²⁰. Un extracto de la entrevista con Jossy —una adolescente de 18 años presente en el comercio sexual desde los 15 años—, expresa la escenificación de este interés microeconómico que ayuda a entender la permanencia de una adolescente en esta forma de actividad.

«Cuando entraste en el «Hospital», ¿Kiara [su hija] ya había nacido?

Cuando entré ahí a los 15 años, ella ya tenía tres meses de nacida.

¿Cómo te fue al principio en el «Hospital»?

Bueno, empecé ahí por necesidad. Tenía unas amigas que ya estaban ahí y empecé a acompañarles... La plata que ganaba ahí al principio me permitió comprar ropa, comer...

Fue difícil al comienzo, ¿no?

Claro, pero poco a poco me fui acostumbrado al ritmo y al contacto con los clientes. Pero igual este trabajo es lo peor que puede existir.

²⁰ Las seis adolescentes y jóvenes involucradas en el comercio sexual, entrevistadas en el trabajo de campo, tienen al menos un hijo y no pueden contar con la ayuda económica del padre.

Las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima

Entonces el colegio lo dejaste a los 13 años y entraste al «Hospital» después, ¿no?, a los 15 años... cuando dejaste de estudiar, ¿trabajabas también?

Sí claro, trabajaba todos los días. Cuidaba a chiquitos, a tres niñitos en la casa de diferentes señoras. Trabajé por un tiempo en Migración en Breña también, atendiendo en la cola en la entrada del edificio. Después dejé la escuela y vendía caramelos en la calle... Luego, también acá vendía ceviche los domingos. Eso era cuando tenía 13, 14 años pero necesitaba más dinero y después en el «Hospital» era más rentable y le podía dar más a mi mamá para mantener a mis hermanos. También me permitía comprar ropa pero no era nada fácil.

Tus hermanas que viven contigo, ¿ellas trabajan?

No ahora no tienen chamba entonces más que todo cuentan conmigo para vivir. Las dos».

En este ejemplo, se señala una vez más que fueron amigas las que introdujeron a Jossy en esta forma de actividad cuando tenía 15 años. Sus padres acababan de abandonar el hogar y los cuatro hermanos tuvieron que vivir juntos, de manera autónoma, para salir adelante. La urgencia de la situación no dejó muchas alternativas a Jossy quien se dio cuenta del interés estrictamente monetario de permanecer en esta actividad —que ve a la vez como un trabajo y como la peor forma de trabajo—. Desde los 10 años, Jossy encadenó ocupaciones tan variadas como la venta ambulatoria de caramelos, guardar sitio en la «cola» para gente en la entrada de las administraciones públicas y cuidar niños en su barrio. Su abandono escolar a los 13 años (2 años antes de su entrada al comercio sexual) aumentó su ritmo de trabajo, al mismo tiempo que su responsabilidad sobre el cuidado de sus hermanos menores crecía. A los 15 años, su primera experiencia en la prostitución, por intermedio de amigas, representó un afán de lucro y la estrategia más adaptada económicamente a sus necesidades y las de su entorno. Es muy común que las adolescentes sientan exigencias crecientes de dinero a partir de esta edad para responder a las necesidades de su medio social. Este punto no explica tanto la entrada de una adolescente en el comercio sexual pero justifica, en una mayor medida, su intención de permanecer ahí a pesar de la percepción muy negativa que ostenta y de este contacto con los clientes a quienes «presta» su cuerpo y aparato genital por unos minutos a cambio de dinero. La ganancia conseguida con un cliente en 5 minutos puede equivaler a una jornada entera de trabajo y la sucesión de seis a ocho clientes en promedio, en el transcurso de una sola noche, indica la importancia relativa del capital económico acumulado en comparación con las otras ocupaciones (en el caso de Jossy y las demás chicas). Esta forma de actividad en la transgresión le proporciona una fuente de capacidades más importante que cualquier otra para enfrentar su contexto de precariedad y supervivencia: sus hermanas sin empleo y ningún apoyo de sus padres:

«Mis padres se separaron hace años ya. Nosotros seguíamos viviendo con mi mamá pero ella se casó y se fue de la casa dónde estábamos viviendo todos. Entonces mi mamá nos dejó en esta casa para vivir en otra parte».

El poder adquisitivo facilitado por la importancia relativa de estas ganancias en esta actividad transgresora es otro elemento que determina la persistencia de una adolescente o una joven, a pesar de los riesgos en su salud y el deterioro en la autoestima que suponen.

5. LA DEMANDA DE COMERCIO SEXUAL ADOLESCENTE EN LIMA: LOS CLIENTES

Analizar la problemática del comercio sexual adolescente en Lima dentro de un enfoque interaccionista implica, obviamente, abordar el tema desde la vía del cliente. Aquello significa considerar el fenómeno como una dinámica dependiente de oferta y de demanda, que coloca a la adolescente en el campo de la oferta y al cliente que tiene una relación sexual con ella en la demanda.

5. 1. Marco jurídico e impunidad relativa al cliente

En lo concerniente al marco jurídico sobre la adolescencia en el Perú, existe un desfase entre los sistemas legales peruano e internacional sobre el contenido de las categorías de edad en la infancia y la adolescencia. En Perú, según el Código del Niño y del Adolescente, se considera como niño a toda persona menor de 12 años y como adolescente, toda persona cuya edad se ubica entre los 12 y 18 años. Este matiz es decisivo porque incorpora y acarrea deberes y derechos diferentes para cada uno de los grupos. Paralelamente, la Convención de los Derechos del Niño de UNICEF (1989) no introduce esta diferencia: el niño es toda persona menor de 18 años, hombre o mujer, que debe gozar del mismo sistema de protección. Sin embargo, lo idéntico entre ambos sistemas normativos es la no inclusión de la prostitución en la categoría de trabajo infantil y adolescente, llegando a la condenación de esta práctica considerada como la violación de los derechos fundamentales de la persona. Este límite de edad entre la infancia y la adolescencia, en el caso del Perú, es importante porque precisa la responsabilidad y la conciencia de los actos por parte de los actores. Para algunas personas (en particular, los clientes), la entrada de una adolescente al comercio sexual aparece como un acto de pleno ejercicio individual de la sexualidad, libre y elegida, que corresponde a la esfera privada de las decisiones de un sujeto emocionalmente maduro y responsable, aunque su edad (generalmente, entre 14 y 18 años) no los clasifica dentro de la categoría de «adultos».

Por otra parte, existe en el Perú cierta impunidad ante la explotación sexual de niños, niñas y adolescentes y ante los clientes de este comercio ilegal y marginal. Hasta el año 2004²¹, el término «explotación sexual» no figuraba en la legislación

²¹ La presión de las ONG y otras organizaciones internacionales hizo que nuevas leyes fueran votadas en junio de 2004 para crear o reforzar las sanciones penales contra las violaciones a niños, niñas y adolescentes, el proxenetismo, la trata de personas, la pornografía y el turismo sexual infantil.

peruana y la única sanción que existía apuntaba al proxenetismo en sí, pero nunca al cliente como actor directo del comercio sexual. Además, hasta esa fecha, la pena existente solo se aplicaba si el niño sexualmente explotado era menor de 14 años. Es evidente que el grupo de adolescentes de 14 a 18 años no encontraba ninguna protección legal contra cualquier abuso, aunque representa la categoría más amplia de adolescentes involucrados en el mercado sexual en Lima. El efecto directo de estas nuevas leyes fue una tendencia al desplazamiento de las adolescentes involucradas desde la calle hacia estructuras cerradas, tipo casas de citas o centros de masaje y saunas²². Cabe señalar, por fin, que ni el Ministerio Público, ni el Poder Judicial peruano cuentan hoy con datos sobre el número de juicios existentes en contra de proxenetas interpelados después de las operaciones realizadas por la Policía Nacional del Perú (PNP) en las casas de citas²³. Estos aspectos reflejan la falta de interés de las instancias públicas por la situación de estas adolescentes, lo que favorece la existencia de una demanda estable de comercio sexual con adolescentes en Lima.

5. 2. Un análisis de la demanda: un perfil del cliente

Según observaciones de campo realizadas cerca de las entradas a los hostales o en las avenidas, el cliente que paga por tener una relación sexual con una adolescente no responde a ningún perfil específico. En el caso del Perú, los hombres suelen ser influenciados por una educación permisiva que les inculca la posibilidad de tener más libertad (sexual) que las mujeres en cuanto a sus decisiones. De hecho, existe poca crítica en lo que se refiere a su actividad sexual. El cliente del comercio sexual adolescente puede pertenecer a toda clase social y tener un nivel educacional muy diverso. Generalmente, se distinguen dos grupos de clientes: i) los que buscan satisfacer su sexualidad por medio de la prostitución, que tienen relaciones sexuales con mujeres adultas o con adolescentes (14 a 18 años) de acuerdo a las oportunidades; y ii) los que sienten una atracción sexual evidente por adolescentes y que solo quieren tener relaciones sexuales con ellas. A través de esta relación sexual con una adolescente, el cliente suele buscar una reafirmación de su virilidad y masculinidad (machismo), un ejercicio de su poder y dominación o una demostración de su vigor sexual (por su orgullo personal frente a los comentarios de los demás o por una cuestión de honor); pero, ante todo, busca experimentar excitación y placer importantes por las características físicas propias de la adolescente (estrechez de las partes genitales), además de la novedad, la experiencia con un cuerpo supuestamente virgen y el hecho de experimentar nuevas sensaciones (Villavicencio, 2004). Además, el cliente tiene un gusto marcado por «lo prohibido», los lugares públicos algo clandestinos como las calles oscuras, los bares, saunas y casas de masaje son los que prefiere para cumplir sus deseos sexuales.

²² A pesar de la Ley 28251 (artículo 179 A) que sanciona al cliente o usuario, la adolescente sigue siendo el blanco de las autoridades.

²³ Este fenómeno está vinculado al problema de la corrupción.

A pesar de esta información, el perfil del cliente que solicita relaciones sexuales con una adolescente es difícil de esbozar. Si ciertos adultos desean tener relaciones sexuales exclusivamente con adolescentes, la mayor demanda de comercio sexual no se ubica precisamente en este campo. De forma general, no se trata de una preferencia marcada en alguna patología médica cercana a la pedofilia, sino más bien de un comportamiento facilitado por diversos factores socioculturales como el machismo y el sentimiento de dominación masculina. Su edad fluctúa entre los 25 y 50 años y proceden de todos los sectores socioeconómicos de la sociedad limeña. También se observa *in situ* que el cliente no busca forzosamente un modelo físico especial, lo que supone que su conducta se inscribe básicamente en la (re) afirmación de una identidad sexual masculina caracterizada por la confirmación de su vitalidad sexual (poder someter a alguien menos experimentado) o demostrar su dominación y autoridad sobre gente inferior en el imaginario colectivo (adolescentes, mujeres, población pobre y sin nivel escolar)²⁴.

Los clientes que tienen relaciones sexuales con adolescentes elaboran diferentes discursos frente al comercio sexual (Villavicencio, 2004). Para ciertos clientes, se trata de experimentar una excitación aún más importante; para otros, las adolescentes son tratadas como objetos y ven estas interacciones como una relación exclusivamente financiera. Las características vinculadas con el machismo animan su comportamiento: la posibilidad de tener una dominación sobre la adolescente (sexual y económica principalmente pero también simbólica), la necesidad de satisfacer sus deseos sexuales insaciables y la posibilidad de ver a la adolescente (y por extensión, el sexo femenino) como un objeto de intercambio.

Para los psicólogos especialistas en el tema, el adulto/cliente que tiene relaciones sexuales con adolescentes es «una persona que presenta ciertos vacíos emocionales con diversas y complejas explicaciones». Consideran que el cliente del comercio sexual adolescente es:

«un adulto que no tiene conciencia de su responsabilidad en el acto sexual y utiliza el sexo comercial con una adolescente para brindarse placer» (Villavicencio, 2004: 37-38).

Estos clientes no reconocen ninguna responsabilidad como adulto, porque según ellos existe «una transacción comercial que legitima el derecho a tener relaciones sexuales» con estas adolescentes (Villavicencio, 2004: 37-38). Además, mencionan que no existe ninguna actitud violenta de su parte para convencer a las adolescentes y que, en realidad, no ven ningún perjuicio contra sus derechos y no las identifican como sujetos sexualmente explotados.

²⁴ En la avenida Miguel Iglesias de San Juan de Miraflores o en la avenida Pachacútec de Villa El Salvador y Villa María del Triunfo (prostitución travesti), los hombres y mujeres involucrados en el comercio sexual nos explicaron que una parte importante de sus clientes son regulares y por lo tanto, saben exactamente lo que quieren hacer y cómo darles placer de manera rápida. Estas relaciones sexuales duran pocos minutos y estos clientes suelen venir, en promedio, una vez a la semana de acuerdo al periodo del mes (Cavagnoud, 2007).

5. 3. El discurso de los clientes: entre el machismo y la búsqueda negociada del placer

A pesar de las numerosas observaciones de campo, una caracterización del cliente del comercio sexual adolescente sigue siendo difícil de determinar. Para conseguir mayores precisiones sobre el comercio sexual con adolescentes a partir de la misma demanda, Verushka Villavicencio logró entrevistar a un grupo heterogéneo de clientes que viven en Lima. La primera conclusión de su trabajo es que estos hombres reconocen vivir en una sociedad machista, pero no sienten ninguna responsabilidad ante el hecho de tener una relación sexual con una adolescente —considerando eso como una característica de la sociedad peruana—. Incluso ciertos hombres confieren a estas adolescentes el valor de objeto:

«Ellas [*las adolescentes en comercio sexual*] no son limpias, de hecho, a nadie le gusta estar con una chica de la cual tú no sabes cuántos hombres han pasado por ella... yo pienso que el hombre [*que frecuenta lugares de comercio sexual*] puede ser limpio, [*pero igual acude a estos lugares*] porque el hombre de nuestra sociedad es machista» (Villavicencio, 2004: 55-56).

Para ellos, la adolescente en el comercio sexual aparece como un objeto que pueden «usar» aunque puede estar «sucio». De acuerdo con sus preferencias por tener relaciones sexuales con adolescentes, los clientes sostienen que se trata, ante todo, de una cuestión de oportunidades. Se produce con más frecuencia entre los hombres mayores de 30 años, porque el hombre peruano, según ellos, necesita volver a encontrarse en una situación de dominación: «las menores se someten a lo que los hombres dicen». Por otro lado, todos los entrevistados afirman que la presencia de una transacción comercial y la ausencia de violencia durante el acto sexual producen una situación que no perjudica a las adolescentes. Al contrario, ven a estas chicas como personas con quienes realizan un «negocio» y rechazan la idea de que puedan ser sus hijas o nietas. La asignación a la adolescente de características adultas es una constante en todos los casos y evocan su relación con ellas con un tono machista, afirmando por ejemplo que «a la menor le gusta lo que les hacen» (Villavicencio, 2004: 56). Uno de los clientes entrevistados explica que las adolescentes en el comercio sexual le producen cierta excitación:

«Yo tengo 34 años y no voy a negar que me causó un poco de morbo el hecho de que ella tenga 17 años. En la vida normal, ¿qué persona de 34 años va a estar con una chica de 17?».

Incluso, justifica su acción presentándola como un acto generoso:

«A mí lo que motivó a meterme con ella fue primero que me cayó bien y segundo, para apoyarla... En el sentido de que esta chica luchaba por su vida, por salir adelante. No luchaba para mantener a alguien, sino por el deseo de superación».

Este hombre estima que es más meritorio dedicarse al comercio sexual para progresar económicamente que sobrevivir a las condiciones en otra actividad:

«Me incentivó más el hecho que me dijera que no tenía hijos, que quería estudiar. Eso fue lo que me impresionó más porque la mayoría de chicas que están en eso tienen hijos y lo hacen por necesidad. Esta chica lo hacía por sobresalir».

Considerando el comercio sexual adolescente bajo este ángulo, esta actividad es no solo justificada sino también legitimada; el cliente toma el rol del adulto que ayuda económicamente a la adolescente a superar sus problemas. De hecho, lo más importante para ellos es el «vínculo comercial»:

«[Ella debe hacer] lo que yo le pido porque estoy pagando, ¿no? [Ella debe] hacer todo lo que yo le pido, sino le quito todo lo que le pagué» (Villavicencio, 2004: 57).

Se trata entonces de un intercambio esencialmente económico que compromete ambas partes, según ellos, y cuyo conjunto representa un «negocio».

5. 4. Una socialización de género diferencial

Una característica esencial del comercio sexual es la disociación entre el cuerpo físico y los sentimientos de la adolescente, entre lo físico y lo subjetivo. El intercambio sexual negociado escenifica un contacto instrumental que busca conseguir la satisfacción sexual del hombre que compensa financieramente a la adolescente a cambio de este servicio²⁵. A través de este esquema del comercio sexual (comprobado en los testimonios de los clientes más arriba), el placer es masculino y el esfuerzo femenino. Al hombre le corresponde el agrado y es el que ostenta una serie de poderes ante la adolescente —por la plata (económico), por el sexo (género) y por la edad (entre las generaciones)— que se convierten en dominación en el momento del intercambio sexual. En este enfoque:

«la prostitución pone al descubierto un concepto de sexualidad que privilegia la satisfacción masculina y el sometimiento femenino» (Ramos & Cabrera, 2001: 27).

Desde entonces existe una concepción de la sexualidad femenina, tanto adulta como adolescente, considerada como un instrumento al servicio del deseo sexual masculino. Al aceptar la dimensión mercantil de su cuerpo y ese ejercicio momentáneo del poder masculino, la adolescente percibe un ingreso que corresponde a un preciso mecanismo económico de intercambio: relación sexual por dinero.

Esta «interiorización de una socialización de género diferencial en la esfera de la sexualidad» se origina, según Michel Bozon, por valores (macrosociales) de poder y dominación masculina que superan el mismo campo de la sexualidad:

«Es lo no sexual que da su significado a lo sexual y no el revés. (...) Cabe identificar sin duda el inconsciente social y cultural operando en nuestra

²⁵ En algunos casos, ciertos hombres no desean una relación sexual con una chica sino que buscan simplemente un momento de intimidad y cariño para hablar de sus problemas.

actividad sexual. Así la primacía persistente del deseo de los hombres y la tendencia a ignorar el de las mujeres no derivan de una lógica intrínseca de la esfera sexual sino que son aspectos de una socialización de género diferencial, que no se manifiesta solo en la sexualidad» (Bozon, 2002; la traducción es mía).

La fuerte dimensión patriarcal de la sociedad peruana así como la creencia machista frecuente —no absoluta ni relacionada con ningún clase social— fundamentan el poder simbólico del hombre y corrobora una «socialización de género diferencial», que tiende a manifestarse en el campo sexual por una atención poco significativa de los hombres hacia las expectativas y necesidades de las mujeres.

CONCLUSIONES

Algunos factores como el machismo, la búsqueda negociada del placer y la interiorización de una socialización de género diferencial contribuyen a entender la presencia de una clientela masculina dispuesta a pagar por una relación sexual con mujeres adultas o adolescentes, mas no permiten explicar en sí la entrada de una adolescente al comercio sexual. El paradigma que reduce la prostitución adulta y adolescente a una relación social de dominación de los hombres sobre las mujeres es, desde luego, pertinente pero no resulta lo suficientemente explicativo para analizar la trayectoria social de estas adolescentes y sus experiencias de vida en este medio social (en particular, su entrada a esta actividad marginal). Primero, este enfoque no da cuenta de toda la complejidad de la realidad social (combinación múltiple de elementos psicológicos y sociológicos en la vida de estas adolescentes) y no examina el sentido y el vivir de los actores sociales dentro de esta práctica y su entorno social (conducta en la transgresión, relación con los demás). En realidad, el abordaje privilegiado en este trabajo permitió subrayar que la baja autoestima de una adolescente (a raíz de un abuso sexual o actos de violencia en su hogar), la falta de afecto y de soporte familiar son algunos de los factores esenciales que se desarrollaron durante su trayectoria. Ello da a entender que estas chicas buscan en la calle (por ejemplo, gracias a las «fiestas chicha») lo que no pueden encontrar en casa, reconociendo este soporte emocional en el grupo de amigas que se encuentran en el comercio sexual. Por lo tanto, la pobreza constituye una causa importante, sin ser suficiente para explicar el proceso de «callejización» de estas adolescentes y su entrada al comercio sexual.

En el plano teórico, este fenómeno del comercio sexual adolescente en Lima aporta elementos de reflexión sociológica sobre el vínculo entre lo individual y lo colectivo. Las condiciones materiales tienen un impacto determinante sobre el estado físico y mental de estas adolescentes en su adaptación a las condiciones de vida cotidiana. El cuerpo de la adolescente que se entrega a la práctica del sexo comercial se convierte en un campo de enfrentamiento simbólico entre lo colectivo (las presiones económicas, la violencia como base de numerosas relaciones sociales) y lo individual (la búsqueda de estrategias, la toma de decisiones). Los hechos sociales y culturales que caracterizan a la sociedad limeña contemporánea juegan

un rol determinante en la génesis de la relación de las adolescentes involucradas en el comercio sexual entre los factores de su *milieu* y su equilibrio corporal. La sociedad imprime su marca en estos cuerpos relacionados a las coacciones económicas dominantes pero, al mismo tiempo, la experiencia primera de las fronteras físicas y de la integridad corporal revela y recuerda a cada adolescente su singularidad, el cuerpo siendo el lugar de una experiencia «incompartible» del placer y del sufrimiento (Raynaut, 2001).

Por otra parte, el eje transversal de este fenómeno se basa en la «situación de vida» de cada una de estas adolescentes, es decir la combinación que va operando entre sus condiciones externas de vida, la interpretación que tienen de esa situación y su reacción como sujeto. Esta noción es fundamentalmente dinámica porque no remite a ninguna realidad fijada en el tiempo. Es el fruto de una historia singular, en perpetua reconstrucción bajo el efecto de una relación dialéctica entre su experiencia, los acontecimientos y las modificaciones coyunturales que intervienen en su universo social —de forma previsible o totalmente fortuita, independientemente a su voluntad o en respuesta a sus iniciativas—.

A nivel microsociológico, las estrategias de estas adolescentes en la elaboración y organización de su rutina posee una importancia crucial. Las adolescentes sufren de las exigencias y limitaciones que les impone este medio social y material pero, al mismo tiempo, conservan cierta margen de maniobra que les permite actuar como actrices de su propia existencia. Asimismo, elaboran, en el transcurso de su historia personal, su propia experiencia como individuos, una conciencia a partir de la cual se construye una mirada sobre lo que las rodea y en primer lugar, sobre la sexualidad. De hecho, la tensión entre el actor individual y el universo colectivo se expresa claramente en este fenómeno: a pesar de la dureza de las condiciones de vida, del peso de los marcos sociales y culturales y de la intensidad de los mecanismos generadores de desigualdades en el seno de la sociedad peruana, estas adolescentes como individuos conservan una capacidad de interpretación y de negociación en la organización de su vida. Dicha capacidad es muy limitada pero suficientemente operante para enfrentar, al menos de manera parcial, los factores de riesgo y vulnerabilidad que el contexto de pobreza expone. Las adolescentes encontradas a través de este trabajo de investigación tienen que luchar permanentemente, en diversos grados, para asegurar su existencia material, para romper la amenaza de un aislamiento social y afectivo y para conservar una imagen valorizante de ellas mismas.

Referencias citadas

- ALARCÓN GLASINOVICH, W., 1994 – *Ser niño. Una nueva mirada de la infancia en el Perú*, 203 pp.; Lima: Instituto de Estudios Peruanos, UNICEF.
- ANDERSON, J., 1993 – *Desde niñas: género y postergación en el Perú*, 116 pp.; Lima: UNICEF, Consorcio Mujer.
- BASILIO D., F., 1990 – *Crisis y comercio sexual de menores en el Perú*, 49 pp.; Lima: Equipo Asociación Germinal, Auspicio Rädde Barnen de Suecia.
- BECKER, H. S., 1985 – *Outsiders. Études de la sociologie de la déviance*, 248 pp.; Paris: Éd. Métailié.
- BOZON, M., 2002 – *Sociologie de la sexualité*, 128 pp.; Paris: Nathan Université. Col. 128.
- CAVAGNOUD, R., 2007 – « Violences et rapports de domination dans le microcosme de la prostitution travestie d'adolescents et de jeunes adultes dans le sud de Lima », 16 pp.; Paris. Intervention dans le cadre du séminaire : « Découvrir » l'impossible sur la pauvreté : zones frontalières et nouveaux enjeux de recherche. Thème # 4 : « Les violences des dominants et des dominés entre eux », 26 avril.
- IGLESIAS, M. E., 1996 – *Conocimientos y actitudes sobre sexualidad y abuso sexual infantil*, 44 pp.; Lima: Centro de Estudios Sociales y de Publicaciones.
- OIM & MOVIMIENTO EL POZO, 2006 – *Trata de mujeres para fines sexuales comerciales en el Perú*, 169 pp.; Lima: OIM. Investigación realizada en el marco del Proyecto «Trata internacional de mujeres para la industria del sexo en Perú».
- PIMENTEL SEVILLA, C., 1996 – La familia urbana en la pobreza. In: *La familia y sus problemas en los sectores urbanos pobres: 7-33*; Lima: Centro Comunitario de Salud Mental.
- QUINTANA SÁNCHEZ, A. & VÁSQUEZ DEL ÁGUILA, E., 1997 – *Construcción social de la sexualidad adolescente. Género y salud sexual*, 269 pp.; Lima: Instituto de Educación y Salud.
- RAMOS, R. & CABRERA, Z., 2001 – *Prostitución de niñas, niños y adolescentes en el Perú*, 116 pp.; Lima: Save the Children Suecia.
- RAYNAUT, C., 2001 – L'anthropologie de la santé, carrefour de questionnements : l'humain et le naturel, l'individuel et le social. *Santé et maladie : questions contemporaines*, 3 <<http://alor.univ-montp3.fr/cerce/r3/c.r.htm>>.
- VILLAVICENCIO, V., 2004 – *El cliente pasa desaparecido*, 91 pp.; Lima: Save the Children Suecia.